A black sign with white text

Description automatically generated**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***20. El regreso a casa***

A black sign with white text

Description automatically generated**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***20. El regreso a casa***

*«¡Reflexionen sobre su proceder! Ustedes siembran mucho, pero cosechan poco; comen, pero no quedan satisfechos; beben, pero no llegan a saciarse; se visten, pero no logran abrigarse; y al jornalero se le va   
su salario como por saco roto».* Hageo 1:5-6 (NVI).

**Introducción**

Los hijos de Israel han pasado los últimos setenta inviernos en el exilio babilónico. Su ciudad fue arrasada; su templo tan amado fue saqueado. Excepto por el valor de Daniel y sus tres amigos, esa época hubiera vergonzosa. Sin embargo, después de siete décadas de oscuridad, un túnel de luz penetra las nubes y sorprende al pueblo.

**El plan de Dios siempre está en marcha**

En el primer año del reinado de Ciro, rey de Persia, el Señor dispuso el corazón del rey para que éste promulgara un decreto en todo su reino y así se cumpliera la palabra del Señor por medio del profeta Jeremías. Tanto oralmente como por escrito, el rey decretó lo siguiente:

“Esto es lo que ordena Ciro, rey de Persia: El Señor, Dios del cielo, que me ha dado todos los reinos de la tierra, me ha encargado que le construya un templo en la ciudad de Jerusalén, que está en Judá. Por tanto, cualquiera que pertenezca a Judá, vaya a Jerusalén a construir el templo del Señor, Dios de Israel, el Dios que habita en Jerusalén; y que Dios lo acompañe. También ordeno que los habitantes de cada lugar donde haya judíos sobrevivientes los ayuden dándoles plata y oro, bienes y ganado, y ofrendas voluntarias para el templo de Dios en Jerusalén”.  
(Esdras 1:1-4).

¡Qué notable giro en los acontecimientos! Dios vuelve el corazón del rey de Persia, Ciro, hacia los judíos, y hace regresar a los judíos a Jerusalén. Y Dios impulsa al rey a darles a los exiliados no solo permiso, sino además los recursos con los cuales edificar el templo.

¿Ahora bien, por qué Dios hace esto? ¿Por qué elegiría a un rey pagano para construir su santo templo? ¿No te parece un poco raro que no levante a un líder judío para llevar a cabo esa tarea? En la Historia Secundaria, es cierto, no tiene sentido. Ciro adoraba a muchos dioses distintos, pero no reconocía al Dios de Israel. Al utilizar esta vía Dios estaba, en un cierto sentido, usando recursos contaminados para construir su habitación sagrada. Sería algo así como que un capo de la mafia, que amasó una fortuna a través de medios ilegales, haga un cheque a nombre de nuestra iglesia para que podamos edificar un nuevo centro de adoración.

No obstante, en la Historia Primaria, Dios es soberano, y eso quiere decir que él y solo él decide lo que hace. Y creo que una de las razones por las que elige a un rey pagano para ayudar a construir el templo es a fin de enviarle un mensaje a su propia comunidad: «Yo usaré lo que sea necesario para finalizar mi plan de edificar una comunidad perfecta donde pueda estar con mi pueblo para siempre, incluso a un rey que no me conoce».

Sin embargo, hay otra razón más por la que Dios escoge a Ciro: esto siempre ha sido parte de su plan. ¿Recuerdas a Isaías? Aproximadamente cien años antes él había revelado toda la historia, profetizando lo bueno, lo malo y lo feo que le ocurriría a Israel. Pero las personas no escucharon, por lo que se perdieron el excelente mensaje que tenía que ver con Ciro: Dios lo levantaría y haría de él un líder fuerte, aunque no creyera en el único Dios verdadero. Isaías incluso le llama a Ciro el “ungido” (Isaías 45:1), que es lo mismo que llamarlo mesías. Y para estas alturas, ya sabes por qué razón Dios hace esas cosas grandes y notables en el mundo, que es exactamente la misma razón por la que llamó a Ciro a edificar su templo: “Para que sepan de oriente a occidente que no hay ningún otro fuera de mí. Yo soy el Señor, y no hay ningún otro” (Isaías 45:6). Que Ciro asumiera la tarea de edificar el templo de Dios es una de esas cosas grandes y notables que llaman mucho la atención.

**Dios con nosotros**

También te preguntarás por qué Dios necesitaba un templo. Siendo Todopoderoso y capaz de estar presente en todas partes, fácilmente podría vivir con sus seguidores sin todo el embrollo de construir un templo elaborado. El templo es un lugar físico que nos recuerda que Dios quiere entrar en nuestra Historia Secundaria para vivir con nosotros. La presencia física trae un gran consuelo. Para los hijos de Israel, el templo era un lugar físico que les recordaba que Dios estaba con ellos.

Piensa en la ubicación del templo. ¿Había sido construido en la cima de una alta montaña a la que nadie podía llegar? ¿Dios les dijo que lo edificaran afuera, en el desierto, donde nadie pudiera verlo a menos que hiciera un largo y difícil peregrinaje? No, estaba justo en el medio de la ciudad más poblada de la antigua Israel: en Jerusalén. Cada vez que alguien pasaba caminando frente al templo, recordaba que Dios estaba justo allí con ellos. Él quiere vivir en el vecindario. El templo les recordaba –y nos dice a todos nosotros– que Dios quiere estar con su pueblo.

Sin embargo, también nos comunica un problema: nuestro pecado. Nuestra tendencia a desobedecer a Dios pese a nuestras buenas intenciones. Por causa de este pecado la gente común no podía entrar en el Lugar Santísimo dentro del templo, donde Dios se hacía presente. Solo un sacerdote podía entrar allí, y únicamente después que se había ofrecido un sacrificio de sangre. Así que por generaciones el templo había permanecido como un recordatorio de que la única manera de tener acceso a Dios era a través de un sacrificio de sangre ofrecido por un intermediario.

Claro que desde nuestra perspectiva sabemos lo que estaba ocurriendo. Sabemos que mediante la imagen del templo Dios estaba preparando al mundo para la venida de Jesucristo, que se dio a sí mismo como sacrificio final por el pecado. Se trataba de una herramienta didáctica, para que cuando Jesús viniera, la gente pudiera conectar los puntos con más facilidad. Pero ahora, luego de todos esos años en el exilio en los que no tuvieron este templo, Dios decide que es tiempo de reconstruirlo para poder avanzar con su plan. Así que en el año 538 a. C., cincuenta mil judíos, impulsados por Dios y patrocinados por Ciro, hicieron el recorrido de mil quinientos kilómetros desde Babilonia hasta Jerusalén y se pusieron a trabajar. La prioridad de Dios se convirtió en la prioridad de estas personas, y se arremangaron las túnicas para comenzar a construir el templo.

**Oposición y apatía**

Cada vez que intentamos hacer algo grande para Dios siempre encontraremos oposición, y eso es exactamente lo que sucedió cuando los hombres empezaron a edificar el templo. Los disidentes intentaron todo lo que estaba a su alcance para bloquear sus esfuerzos, pero el pueblo escogido de Dios mantuvo su determinación. Día tras día, a pesar de la interferencia de los de afuera, perseveraron, haciendo suya la prioridad de Dios. Nada se interponía en el camino de esta espléndida visión.

Al menos no por algunos años. Luego esto empezó a suceder. Poco a poco perdieron su enfoque. Comenzaron a prestarle menos atención a la casa de Dios y más a sus propios proyectos personales. ¿Quién sabe por qué? Tal vez apilar piedras era muy agotador. Tal vez la crítica era muy irritante. Más probablemente habían empezado a pensar en sus propias cosas: Sus propios negocios, granjas, emprendimientos, casas. Uno a uno dejaron de acudir al lugar de trabajo. Y luego, un día, ya nadie vino.

La prioridad de Dios se había vuelto algo pequeño para su pueblo. Tal vez nunca tuvieron la intención de abandonar el proyecto para siempre. Casi podemos oír sus razonamientos bien intencionados: «Continuaremos con esto. Tal vez la semana que viene. O el mes que viene. Seguro antes del año próximo. Pero primero tengo que recoger la cosecha. Después tengo que terminar de ponerle el techo nuevo a la casa. Una vez que me ponga al día con mis tareas, continuo con esto».

Pasó una semana. Pasó un mes. Pasó un año. Pasaron dos. Pasaron cinco. Diez. Quince años transcurrieron. ¡Durante dieciséis años el proyecto del templo estuvo intacto! Se convirtió en una construcción abandonada por dieciséis años, el tiempo suficiente para que crecieran las malezas entre los cimientos. El tiempo suficiente para que todas las naciones de alrededor miraran al templo y pensaran: «Bueno, se ve que no toman a su Dios muy en serio». Suficiente tiempo para que una generación entera de hijos creciera y viera el templo abandonado y pensara: «Bueno, creo que a nuestros padres no les importa mucho ese templo después de todo». Mientras tanto, a medida que la casa de Dios languidecía, sus casas propias prosperaban. El profeta Hageo se refiere sarcásticamente a sus “casas artesonadas” (Hageo 1:4) al tratar de advertirles sobre su egoísmo personal.

Estos antiguos exiliados afortunados que regresaron a la tierra que Dios les había prometido ahora se enfocaban exclusivamente en sus propios intereses, solo para volverse más desdichados a medida que los días pasaban.

Cuando nos rehusamos a prestarle atención a Dios, él tiene una manera de hacérnoslo ver. Envía una alerta a la oficina de los altos ejecutivos. Pone una traba en la cuenta de ahorros. Permite que se genere una sequía en el campo. Envía una sensación de soledad y vacío a nuestra vida familiar. Cuando nuestras prioridades se vuelven más importantes que las de Dios, nuestras vidas están caracterizadas por la futilidad.

Sembramos mucho y recogemos poco. Comemos, pero no nos saciamos. Bebemos, pero nunca apagamos nuestra sed, ganamos el salario solo para ver desaparecer el dinero. ¿Alguna vez sentiste que estás ganando más dinero que nunca en tu vida, pero aun así no te alcanza? ¿Alguna vez te preguntaste por qué todo lo que pensaste que te haría feliz no ha surtido efecto? Cuando nuestro enfoque pasa de Dios a nosotros mismos, aun nuestros mejores esfuerzos se comienzan a colapsar como un castillo de arena tragado por un tsunami.

Debo ser muy cuidadoso con este pasaje. No quiero darte la impresión de que cada pequeño error es castigado por un Dios airado. Cuando te multan por cruzar una luz en rojo o agarras un resfriado, no te apures a interpretarlo como un juicio de Dios. La Biblia nos recuerda que el sol sale sobre buenos y malos por igual, y que la lluvia cae sobre justos e injustos (Mateo 5:45). Las cosas suceden, y no debemos culpar a Dios por ellas. Sin embargo, hay épocas en la vida que son tan difíciles, tan desafiantes –una dificultad tras otra nos golpea por un período de tiempo prolongado– que bien puede ser Dios tratando de llamar nuestra atención. Hay tiempos de lucha ordenados por Dios; tiempos de un vacío agotador en los que nada parece dar resultado, nada sacia nuestras necesidades más profundas, ningún logro aplaca nuestra hambre incesante. Tiempos en que plantamos, pero en verdad nunca cosechamos, cuando las sequías trastornan nuestros campos en polvo y nuestra jubilación en unas cuantas monedas. Tiempos en que somos literalmente obligados a caer de rodillas porque nada más parece funcionar. Dios permite que vengan tiempos de dificultad para que nos aseguremos de reflexionar sobre nuestro proceder (Hageo 1:5).

En la Historia Secundaria, dejamos la vida en el intento y parece que nunca obtenemos lo que estamos buscando. En la Historia Primaria, Dios está prácticamente gritándonos con todas las fuerzas de sus pulmones: «Reflexionen bien en su proceder. Tengo mucho más para sus vidas si tan solo me permiten vivir con ustedes». Medita cuidadosamente acerca de dónde están tus pasiones. ¿Has permitido que las muchas cosas buenas que te sucedieron en la vida –tus hijos, tu carrera, tus posesiones, tus amistades– releguen a Dios a la esquina de un sótano? Muchos de nosotros los que amamos a Dios hemos sido bendecidos con hermosas familias, profesiones productivas y «casas artesonadas». Todas son cosas buenas, pero capaces de, poco a poco, desplazar a Dios de nuestras vidas.

**Conclusión**

No hay un seguidor de Cristo que deliberadamente se proponga ignorar a Dios, pero sí hay muchos que se fueron alejando de él porque permitieron que todo lo demás –los hijos, el trabajo, la rutina, las demandas, el estrés, la lucha– se interpusiera en el camino de la preciosa relación que Dios nos ofrece. Llega el momento en que no nos levantamos pensando en el templo de Dios. Y con el paso del tiempo viene la disminución de la pasión. Diezmar se convierte en dar una propina, las oraciones se vuelven repeticiones de memoria, e ir a la iglesia llega a ser una obligación. No es que nos olvidemos de Dios, se trata simplemente de que lo colocamos en un closet.

El mensaje de Dios para Israel a través de Hageo, y su mensaje para ti, es: «No voy a permanecer en el closet de nadie. Quiero estar allí contigo, donde tú estás, ser parte de lo que estás haciendo». Él nos ama mucho como para dejarnos a nuestras propias expensas. así que nos toma aparte para tener una charla de corazón a corazón. Nos pide que reflexionemos en nuestro proceder, que nos enjuaguemos el lodo del chiquero y terminemos su tarea. Sorprendentemente, eso es lo que hicieron los judíos. El Señor despertó al liderazgo y la gente volvió a la obra en la casa de Dios. Y la terminaron. Y Dios estuvo una vez más viviendo y morando entre su pueblo. C. S. Lewis una vez escribió: «Ponga primero las primeras cosas y las segundas cosas caerán en su lugar; ponga en primer lugar las segundas cosas y se perderán tanto las unas como las otras». A medida que el plan de Dios continúa desarrollándose para traer su solución final por medio de Israel, prestémosle atención al desafío que tenemos ante nosotros de hacer de las prioridades de Dios las nuestras.